

LA HISPANIDAD Y SU PROYECCION POLITICO-CULTURAL

POR

JOSÉ PEREDA CRESPO y CARLOS ORTIZ MONTES

Pocos años antes de que se cumpla medio milenio de existencia de la que se ha llamado América española, y que ahora se reconoce como el continente de la esperanza, nos reunimos para reflexionar sobre *nuestra identidad, que no es otra cosa sino la fidelidad a la vocación.*

Mas para lograr la fidelidad en la vocación de Hispanoamérica y, por tanto, su proyección en el presente y en el futuro, es menester recordar y vivir nuestra esencia, condición necesaria para reconocernos a nosotros mismos en lo que somos y en lo que debemos hacer.

Decían los antiguos que la Historia es «maestra de la vida» y Cervantes la llamó: «testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia del porvenir», y nosotros queremos recordar además de estas sabias enseñanzas, otras no menos sabias que nos da la filosofía de la historia. Todo esto nos permitirá introducirnos y desarrollar con más facilidad el tema que se nos ha encomendado.

PARTE I: LA HISTORIA, FUNDAMENTO DE TODA PROYECCIÓN EN LOS PUEBLOS.

El cristiano se ocupa del pasado histórico en la medida en que sus hechos no son totalmente pasados, sino que de algún modo perviven en el presente. Por tanto, no es un conocimiento

inútil, como aquellas palabras de las cuales nos han de tomar cuentas en la otra vida. Sabemos que *en cada hecho histórico gravitan todos los anteriores* y, por eso, todo pasado que no penetra y se acumula en el presente, no es un pasado histórico sino un puro pasado.

Así, pues, en la presencia del presente hay una persistencia de lo histórico, y como una instancia hacia el futuro. A lo primero corresponde, estricta y formalmente, la actualidad, a lo último, en cambio, la posibilidad real.

Cada presente no se limita a venir después de su pasado inmediato, sino que, en algún modo, lo contiene, lo implica, lo supone; y él mismo pasa luego a gravitar sobre el presente que lo sustituye, condicionándolo en su estructura. De este modo lo pasado se encuentra en el presente, no de un modo formal, sino de una manera virtual, por sus secuencias y repercusiones.

Cada hecho histórico es, a la vez, un todo y una parte. Es un todo en la medida en que se acumulan en él las virtualidades de la historia precedentes; de ahí la complejidad formal de toda situación histórica: Es una parte en la medida en que se encuentra virtualmente recogido en los hechos ulteriores. Por esta razón, *la conciencia que el hombre tiene de la historia coincide en su surgimiento con la sospecha de que el presente no se basta a sí mismo*, sino que es radicalmente beneficiario de la virtualidad del pasado y, por otro lado, que en todo presente existe una tensión hacia el futuro.

En el presente hay, entonces, la proyección virtual del pasado, y en el futuro, merced al acto de proyectar, hacemos presente, por modo de una especial anticipación, cierta presencia intencional. El futuro es, así, objeto de un proyecto, por cuanto es atendido como posible, y lo posible es un modo de lo real. Mas es necesario recordar que el futuro, por tener una presencia intencional, no envuelve en su misma esencia la necesidad de existir, pues sólo puede constituirse formalmente en un ser futuro, por encontrarse determinado como tal, por una causa libre. Aquí la libertad se hace presente al elegir entre los posibles los que han de venir a la realidad, los cuales adquieren la índole de futuros,

LA HISPANIDAD Y SU PROYECCION POLITICO-CULTURAL

en la medida en que esto es realmente asequible a la capacidad de nuestro ser.

En suma, para poder discernir lo que somos en el presente, miremos el pasado glorioso que se encuentra virtualmente en nuestro ser hispanoamericano, no vaya a ser que creamos que las conquistas que tenemos son fruto de las migajas que los revolucionarios tienen de bien y que nosotros hemos recogido, cuando en realidad son estos «hijos de las tinieblas» los que nos han despojado y pervertido, hasta hacernos creer que lo que tienen de bien les pertenece.

Miremos nuestro pasado, para que en esta clarificación de nuestro verdadero ser podamos fundar, real y verdaderamente, el crecimiento y maduración de nuestra civilización, y así realizar lo que la divina Providencia nos ha destinado.

PARTE II: DESARROLLO HISTÓRICO DE HISPANOAMÉRICA.

Ahora bien, para poder realizar esta vasta ambición en pocas palabras, nos proponemos exponer brevemente la historia, valiéndonos de una analogía desarrollada mediante varias tesis y explicitándola con una breve noticia histórica. Para esto, *nos ha parecido que la aparición y desenvolvimiento de los pueblos católicos de Hispanoamérica es análogo al origen y desarrollo de un ser humano, y en este sentido desarrollamos la parte histórica.*

Tesis I. *Hispanoamérica ha nacido a partir de españoles y aborígenes americanos.*

Así como la gestación de un nuevo ser humano se realiza a partir de dos elementos genéticos, que son sus componentes, materiales, así, en la gestación de los pueblos hispanoamericanos, dos son los elementos étnicos y culturales que concurren.

Los pueblos iberoamericanos son fruto de otros dos que no tienen la pureza étnica de la que otros presumen. En efecto, los

pueblos de la Península Ibérica no son de una raza homogénea, confluyen ahí godos, visigodos, celtas, iberos, romanos, cartagineses, árabes, etc. Los pueblos antiguos de América tampoco eran una raza homogénea; encontramos diferencias étnicas notables entre nahuas, mayas, chibchas, incas, guaraníes, etc.

En España no fue posible la unidad racial pero sus pueblos tenían características comunes que proporcionaron la unidad nacional. Tampoco en América podía darse la unidad racial; la unidad dependió, en el orden natural, de ciertas características comunes a sus pueblos.

Queda fuera de toda duda el espíritu religioso de los pueblos aborígenes de América y esto aun de los culturalmente más pobres. Las grandes ciudades no son primeramente centros de convivencia social, ni de comercio, ni centros militares, aunque esto se da en ellos. Ante todo, son centros ceremoniales, como así lo atestiguan Tajín, Teotihuacan, Tenochtitlan, Uxmal, Machu Picchu,, entre otros.

Ciertamente *estos pueblos religiosos creen en Dios, aunque no lo alcancen a vislumbrar claramente y estén contaminados de politeísmo, idolatría* y hasta se descubra frecuentemente una de las más grandes perversiones: la de los sacrificios humanos rituales y la adoración al mismo demonio, muchas veces representado por la infernal serpiente.

Además, son muy sensibles a las relevantes manifestaciones del espíritu; ejemplo de esto, la multitud de descubrimientos que ahora se han obtenido y la manera en que estos pueblos fueron evangelizados por los misioneros; a lo largo de todo el Continente el catecismo se enseñó precisamente a través de la poesía, del canto, de la pintura, de la escultura y de la misma arquitectura.

En ellos se descubre un profundo respeto a las autoridades y a las tradiciones, gozando los mayores en edad y saber de una gran estimación y respeto.

Aunque la mayoría de éstos son de estatura baja y cuerpo delgado, *siempre se distinguieron por ser pueblos guerreros, que se preparaban toda la vida para esta misión y, por tanto, también*

para la muerte. Los grandes guerreros, aun los enemigos, fueron siempre respetados por su valentía y arrojo, que en algunas ocasiones llegaba a la temeridad. En este contexto, la guerra forma parte de su cultura, no es algo que exista por sí misma y a la que irresistiblemente está condenada la humanidad. Está caracterizada por las notas propias de la sociedad a que pertenece; la guerra es considerada como la continuación de la política y de la religión. Así, la finalidad de la guerra no está en ella misma; aun los pueblos más belicosos tratan de conseguir con ésta mejores posiciones que les permitan asegurar la paz en todo sentido. Por ejemplo, el pueblo mexicana, que vivía prácticamente preparándose para la contienda, pretendía que el individuo alcanzase en este mundo y en el otro un lugar preferente, que había ganado al cumplir la misión sagrada de su pueblo, que no era sino alimentar con sangre humana al dios Sol.

Pero, junto a las grandezas se presentaron las miserias, como hemos visto, y así se explica cómo, después de la conquista, la obediencia cayó en ocasiones en servilismo y sumisión, la valentía en temeridad y crueldad, su espíritu abierto a la sociabilidad, por la religión, en introversión, que a veces culmina en el mismo apartamiento de la sociedad.

Hemos visto que estos pueblos de Hispanoamérica descienden de los aborígenes americanos que tenían ciertos valores naturales y por tanto cierta nobleza, y de los pueblos ibéricos que se encontraban en su esplendor —que más adelante veremos con amplitud— y por eso nos atrevemos a decir que *así como la nobleza de los padres, en el orden natural, condiciona la nobleza de los hijos, estas virtudes naturales se encuentran de modo real y virtual a lo largo de estas tierras; pero no olvidemos también que, así como los defectos en el orden natural son heredados muchas veces por los hijos, así se encuentran presentes también, de un modo virtual y actual, muchos de los vicios que es necesario superar.*

Por tanto, los países de Latinoamérica son inmensamente ricos porque tienen bienes por ambos lados, pero también son doblemente pobres cuando esta riqueza falta.

Tesis 2. *La Virgen María da origen a la nación hispanoamericana.*

Así como los dos elementos genéticos son unificados por un alma espiritual creada directa e inmediatamente por Dios Nuestro Señor, así fueron unificados estos pueblos por un alma nacional, infundida por Dios Nuestro Señor a través de nuestra Madre la Virgen María.

La Santísima Virgen María ha estado presente en los países iberoamericanos desde el surgimiento de ellos, y, así, hoy observamos que cada país venera en forma singular a Nuestra Señora bajo diversas advocaciones; no hay país iberoamericano que no tenga la presencia de la Virgen en su nación, obsequiándole con un Santuario. Es así como encontramos a Nuestra Señora de Alta Gracia, en Santo Domingo; a Nuestra Señora del Cobre, en Cuba; a Nuestra Señora de Luján, en Argentina; Nuestra Señora de Coromoto, en Venezuela; Nuestra Señora de Chiquinquirá, en Colombia; Nuestra Señora de Guadalupe, en México...

Pero la devoción mariana no se reduce a estas advocaciones; cada ciudad, cada provincia y hasta cada población tienen su propia advocación a Nuestra Señora.

La multiplicación de las devociones marianas en Iberoamérica, ¿no es acaso una prueba irrefutable de que estos pueblos son hijos de la Reina del Cielo? He aquí el fundamento de la unidad de este mosaico étnico y cultural, que no puede tener más principio homogeneizador que una fe por la cual somos real y verdaderamente hijos del mismo Padre, hijos de la misma Madre, y hermanos de Jesucristo, Nuestro Señor.

Esta fe la trajeron los conquistadores espirituales y materiales, los misioneros y los súbditos de los reyes de la católica España, que vinieron a sembrar la semilla del Evangelio, no sólo con la palabra sino también con las obras.

Pero al parecer, no quiso arriesgar la Providencia el destino de estos pueblos usando sólo de los medios ordinarios para la edificación de la ciudad de Dios, y dispuso esta sabiduría de

Dios el envió del mejor predicador, la que es precisamente la Reina de los Apóstoles, y así vemos, a lo largo de todo el Nuevo Continente, las manifestaciones que de su presencia de un modo milagroso se multiplican, y son muchos los prodigios y las apariciones de Nuestra Señora. Hay ocasiones en las cuales las carretas, que transportan las veneradas imágenes, no pueden moverse de ciertos lugares, a pesar de la fortaleza física de los animales que las tiran; hay otras ocasiones en que —por azares de la Providencia— los misioneros llevan imágenes de Nuestra Señora a donde ellos no tenían planeado conducir las; hay otras más donde aparecen milagrosamente, sin causa próxima e inmediata, imágenes de Nuestra Señora; y así otros tipos de acontecimientos extraordinarios. Pero el más extraordinario, sin lugar a dudas, es el caso de Nuestra Señora de Guadalupe, en 1531, que aparece en la región de Hispanoamérica donde había habitado el pueblo más sanguinario y diabólico, donde el odio al español y a la religión era fruto del imperio de Satanás que no soportaba la Cruz, donde ese orgulloso pueblo, ya vencido por las armas, no había cedido a la evangelización.

Fue necesaria la presencia personal de la Madre de Dios en el Tepeyac que dejó, como perenne testimonio de su visita, estampada su imagen en el ayate del indio Juan Diego, para que a partir de ese momento los indomables aztecas se bautizaran todos en el lapso de un año; coincidió con esas fechas —1531— la extensión de la fe en las tierras descubiertas. Pocos años antes, en 1525, Fray Tomás Ortiz, obispo de Santa María, afirmaba que los chibchas, que eran excelentes artistas, no eran capaces de doctrina, pues olvidaban fácilmente la fe que aprendían, y volvían a sus dioses, además de no ver casi en ellos valor moral alguno (Cfr. Vallejo Gustavo, «El Hombre Colombiano», en Rev. De Vida Espiritual, núms. del 39 al 42, diciembre de 1970, pág. 142).

Asimismo, el padre Motolinia, antes de 1531 dice que «pensaban los frailes que con estar quitada la idolatría de los templos del demonio y venir a la doctrina y al bautismo era todo hecho, hallaron lo más dificultoso y que más tiempo fue me-

nester para destruir y fue que de noche se pintaban y llamaban y hacían fiestas al demonio con muchos y diversos ritos que tenían antiguo» (citado por P. Bernardo Bergüen S. L., «La Nacionalidad mexicana y la Virgen de Guadalupe»).

Y coincidiendo con la fecha de la milagrosa aparición en el Tepeyac, la opinión de los misioneros cambia en todo el continente en general, y se habla de la docilidad con que los naturales aceptan la nueva fe.

Por eso es que en el pueblo de México se canta «De la Santa Montaña en la cumbre pareció como un astro María, ahuyentado con plácida lumbre las tinieblas de la idolatría».

Pero nos queda una pregunta: *¿Qué hace que éstos pueblos tengan una fisonomía común? ¿Es acaso que son hijos de María? ¿Es acaso que fueron conquistados por pueblos ibéricos? Indudablemente son las dos:*

Primera: Todos los pueblos cristianos son hijos de María y así encontramos, por ejemplo, en Italia, que cada provincia y cada poblado venera a Nuestra Señora, y ¿diremos por esto que se trata de pueblos hispánicos? No, sino pueblos cristianos, porque ser hijos de María no es exclusivo ni de España ni de América Española, sino del catolicismo.

Segunda: En otros lugares hubo dominios españoles y todos ellos indudablemente recibieron el influjo de la Hispanidad, pero no parece que tengan la fisonomía común de la América Española.

Y, entonces, ¿cómo se funda la fisonomía de estos pueblos? Nos parece que la solución se encuentra:

Primero: En que todos estos pueblos pertenecen al mismo continente.

Segundo: En que todos estos pueblos fueron conquistados por España.

Tercero: Que en ellos es inseparable lo cristiano y lo patriótico.

Tesis 3. *La nación hispanoamericana tiene un destino histórico desde su nacimiento.*

Así como desde antes de la formación del ser humano Dios Nuestro Señor da la vocación, según aquello que dice el profeta «antes de que te formara en el vientre de tu madre, te conocí y te destiné...» (Jer. 1, 5); así, nuestra nación, nacida en María Virgen, recibe una vocación en los designios eternos de Dios.

Lo que hemos visto hasta aquí no resuelve, a nuestra manera de ver, la razón más profunda de la unidad de Hispanoamérica, de su vocación y de su misión, aunque es indudable que la herencia cultural que nos legara España, la grandeza de la fe católica, y hasta las condiciones materiales, tienen que ver con la unidad.

En los entes morales, esta unidad se logra por una doble razón: intrínsecamente, por la causa formal, y, extrínsecamente, por la causa final. Ahora bien, en cuanto que esta última es la causa de las causas, es la que forja la unidad. De este modo aparece claro cómo *la unidad hispanoamericana ha de fundarse primeramente en la profunda vivencia de la vocación común, que exige la realización conjunta de la misión común. Vocación y misión son dos aspectos que muchas veces se podrían confundir, pero que de ningún modo se han de separar. La primera evoca el llamado, la segunda la realización de la obra*, y ambas a la operación específica, a la manera peculiar de la acción que como sabemos, toma fundamento en la esencia, en el modo de ser. Así, pues, según la esencia, es la naturaleza, según es el ser, es el modo de su operar.

Pues bien, *es necesario mostrar en primer lugar, cuál es el fin que nos ha destinado la Providencia.* Es cierto que durante mucho tiempo se presentaba de un modo confuso, pero no falso, y como intuitivo en las gentes de estas tierras, más ahora, para los que vivimos en estos días nos aparece más preciso.

En esta clarificación, a nuestro entender, muchos han sido los hechos que lo han precisado. De modo indirecto primero:

la proclamación universal de Cristo Rey y Señor, en la encíclica *Quas primas*, que nos enseña que Cristo es Rey no sólo de las conciencias, sino de todas las instituciones y de las mismas naciones. Por tanto, todo debe estar bajo su ley, y en cuanto se cumple esta ley, reina Cristo, y en cuanto El es el Rey, se constituye su Reino que es Reino de Paz, de Justicia, de Amor y de Verdad. Segundo: *El Concilio Vaticano II que es ante todo pastoral, es decir, guiador —pero, ¿guiador de qué?— a realizar el fin que se propuso en la Quas primas, el Reinado Universal de Cristo, la reedificación de su Reino, de la Civilización cristiana, de la Ciudad católica.* Así, pues, nos parece que el Concilio Vaticano II es en realidad el camino para realizar este proyecto, y, es cierto, podrá presentar dificultades en su interpretación, pero aquel que sea fiel a la doctrina católica, obediente a la legítima autoridad, no le faltarán recursos que le permitan usar de las riquezas contenidas en este extraordinario documento, que fue escrito para toda la cristiandad, pero que parece escrito de una manera muy especial a Hispanoamérica, que es el joven continente católico, pues ahí mismo se ha dicho. «Para vosotros, los jóvenes, sobre todo para vosotros, la Iglesia acaba de avivar en su Concilio una luz, que alumbrará el porvenir» (Mensaje a los jóvenes).

De modo directo ha sido precisado en varias ocasiones:

En los discursos del Episcopado latinoamericano, en ocasión del Cincuenta Aniversario de la Coronación de la Imagen de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac, donde tal vez, la mayor claridad se encuentra en el discurso de un ilustrísimo Prelado mexicano que dijo: «*La América Latina no ha sido destinada por la Providencia para levantar grandes ejércitos y dominar el mundo por medio de la fuerza. Ni aun siquiera para señalarse entre los demás pueblos por la pujanza de su progreso material, sino para conservar y promover el orden social cristiano. Para hacer la buena levadura en el consorcio de las naciones, y para dar la nota de espiritualidad en medio de un mundo devorado por el materialismo.* Lo que fue Grecia en la antigüedad con su arte y con sus letras, esto deber ser Latino-

américa en los tiempos presentes con su espíritu cristiano y sus valores inmateriales» (Monseñor Manríquez y Zárate, 12 de octubre de 1945).

En las constantes reiteraciones de la misión de Latinoamérica por parte del Magisterio de la Iglesia:

Pío XII llega a decir, en 1955: «Nos, confiando en la protección de Dios y en el patrocinio de la Virgen Santísima, Reina de la América Latina, no compartimos los tristes sentimientos que a algunos inspira semejante condición de cosas; es más, *en nuestro corazón alimentamos la esperanza de que dentro de no mucho tiempo la América Latina pueda hallarse en condiciones de responder, con vigoroso empeño, a la vocación apostólica que la Divina Providencia parece haber asignado a ese gran continente, o sea, ocupar un lugar preeminente en la nobilísima misión de comunicar también a los demás pueblos para lo futuro, los deseados dones de la salvación y de la paz*» (Pío XII, Ad. *Ecclesiam Christi*, AAS, 1955, 541).

Paulo VI ha dicho: «Este es tu momento, América Latina, un nuevo día ilumina tu historia, tuyo es el continente; el mundo entero aguarda tu testimonio de energía, de sabiduría, de renovación social, de concordia y de paz, novísimo testimonio de civilización cristiana» (Paulo VI, de agosto de 1966).

Pero desde este gran Pontífice el nombre que se ha dado a Hispanoamérica es el de «Continente de la Esperanza», no sólo para la Iglesia sino para el mundo todo, y así lo han reiterado los Papas Juan Pablo I y Juan Pablo II. Este último en la oración que compuso con ocasión de su visita a México en 1979 dice: «Virgen de Guadalupe, Madre de las Américas».

Decíamos en una ponencia presentada en el I Congreso Mundial de Filosofía Cristiana que «conocer el fin no es suficiente para lograrlo..., se exige proveerse de los medios convenientes y adecuados para alcanzar tal fin... En la realización de una vocación específica se requiere como medio el vivir según un estilo apropiado, según un modo de concebir la vida para actuar. Este es el estilo hispánico».

«Lo constitutivo de este estilo es la inquebrantable convic-

ción de que Dios es el Creador y nosotros sus creaturas, por un lado; y por otro, que sólo se sirve a este Señor en una vida de virtud, pero lo específico de este estilo es el conjuntar como principios de vida el servicio, la jerarquía y la hermandad». «Servicio, porque el lema de toda alma distinguida es "sirve el que reina y reina el que sirve" como bellamente lo recuerda a los cristianos Su Santidad Juan Pablo II en su primera Encíclica».

«Jerarquía, porque entre los hombres nadie es más que nadie, y sólo Dios está sobre nosotros; la aceptamos no sólo como condición de eficacia, sino ante todo como obediencia a Dios en los hombres. La jerarquía legítima es la que se funda en el servicio y se opone al concepto de igualdad amorfa y despersonalizante».

Ahora sí vemos cómo *la misión de Hispanoamérica es la Civilización, del Amor, la Ciudad Católica, la reconstrucción del Reinado Social de Cristo en estas tierras, para después irradiarlo al resto del mundo*. El modo de llevar esto a cabo es el estilo hispánico y la manera peculiar del trabajo: *evangelizar civilizando y civilizar evangelizando*.

Su Santidad Pío XII, en 1945, decía: «Pero a vosotros toca, a vosotros y todos los católicos americanos seguir firmes en vuestros puestos, conscientes de vuestros derechos, con la frente siempre alta ante el enemigo de hoy, de siempre; los que no quieren a María, porque no quieren a Jesús; los que querrían arrinconar o ignorar a Jesús arrebatando así a María el máspreciado de sus títulos. Frente a su rebelión, vuestra fidelidad. Que la morenita de Tepeyac, que la Emperatriz de América y Reina de México no tenga que llorar decepciones. Que como lo estuvo ayer, pueda estar mañana orgullosa de sus hijos» (Pío XII, 12 de octubre de 1945).

Y más adelante agrega para que no haya ninguna duda: «Salve, Virgen de Guadalupe..., colocamos hoy de nuevo sobre tus sienes la corona que pone para siempre bajo tu poderoso patrocinio la pureza y la integridad de la santa fe en México y en todo el continente americano, porque *estamos ciertos que mientras Tú seas reconocida como Reina y como Madre, América y México se han salvado*» (idem).

Y con esto creemos entender la importancia de María en nuestro continente y con ello su advocación de Guadalupe, que se presenta ante nosotros justamente como el símbolo de la hispanidad en estas tierras, así como Nuestra Señora del Pilar se ha mostrado símbolo de la hispanidad en la Madre Patria.

Tesis 4. *España, la nación madura cristiana en la cual se desarrolla Hispanoamérica.*

Así como el hombre embrionario requiere para su desarrollo —crecimiento y diferenciación de las partes, por las operaciones que va a desarrollar según su naturaleza— de un medio propicio, en este caso el vientre de una madre, así el desarrollo de *la nueva nación hispanoamericana requirió de un medio en el cual formara su nueva fisonomía en la época de los virreyes, madura, cultural, religiosa y militarmente.*

La conquista de América se realiza durante el llamado Siglo de Oro español, de donde con mayor claridad se manifiesta la adultez de esta católica nación y, por ende, el inicio del *cumplimiento de su vocación específica que no era otra sino la de engendrar un gran continente católico.*

El nacimiento de esta gran nación también comenzó con la Virgen María, quien, según la tradición, vivía aún en la tierra y se apareció al Apóstol Santiago a orillas del Ebro, para alentarle en su predicación, y dejar como señal de protección el Pilar.

España es así hija de María, pueblo de María. Sólo así podemos explicarnos toda su vida y todos los favores que ha recibido de la Reina del Cielo. En el siglo v, sus tierras fueron invadidas por los terribles visigodos arrianos, al mando de Ataúlfo. Después, el rey Leovigildo, que tanto odio tenía al catolicismo, religión de los pueblos de la Península, no dudó en mandar degollar a su propio hijo Hermenegildo por el delito de ser católico. Pero la sangre de este santo y, sobre todo, la protección de la Reina celestial permitieron que Recaredo, hijo del cruel monarca y hermano del mártir, le sucediera en la corona,

abjurase de la herejía y fuera bautizado él y toda su corte. *Desde entonces, todo verdadero español es católico.*

Esto lo recuerda muy bien el pueblo y sus poetas a plasmarlo en versos como éste:

Desde que los españoles a Cristo conocieron
Desde que en su ley bautismo recibieron
Nunca en otra ley tornarse quisieron,
Mas por guardar esto muchos males sufrieron.

(*Poema de Fernán González*, est. 10).

Poco después, a principios del siglo VIII, es invadida España por los mahometanos. Esta es la época en que la joven nación vivirá su adolescencia y llegará a su madurez, fortificándose en la lucha contra los invasores y en la fidelidad a la santa fe católica. A esto dice García Morente: «Los siglos de reconquista han impregnado de religiosidad hasta el tuétano el alma del caballero cristiano; infundiéndole además la convicción de que la vida es, en efecto, lucha, la lucha por imponer a la realidad circundante una forma nueva, una manera de ser excelente, que por sí misma la realidad no tendría. El caballero cristiano es, pues, esencialmente, un paladín defensor de la causa, deshacedor de entuertos e injusticias, que va por el mundo sometiendo toda la realidad al imperativo de unos valores supremos, absolutos, incondicionados» (*Idea de la Hispanidad*, pág. 58).

Ahora bien, podemos considerar la madurez de esta nación coincidiendo con el reinado de los Reyes Católicos, la expulsión de los mahometanos, la unificación de España y el descubrimiento del Nuevo Mundo, sin por ello minusvalorar los grandes avances y méritos anteriores que dan vislumbres de verdadera madurez.

Muerto Fernando el Católico, rige el Cardenal Cisneros, hombre de extraordinaria virtud y dotes de gobierno, mientras no es apto para gobernar Carlos I de España. Llegado éste al trono, inaugura la dinastía de los Austria, en la católica España, que no obstante ser en parte una dinastía extranjera, pronto se asi-

mila al espíritu hispánico y así inicia la época más grande y gloriosa de la Madre Patria.

Es esta la época en la que más claramente se aprecia que no sólo son los gobernantes brillantes, sino todo el pueblo participa de un estilo común; por eso justamente se dirá que era un pueblo de teólogos, porque en su enseñanza popular se hablaba de asuntos propios de la más alta sabiduría, con una profundidad y claridad que pocos pueblos han conocido.

En esta época de las grandes proezas de España y de la Cristiandad, se realiza la conquista de América, se efectúa el Concilio de Trento, se derrota al enemigo turco en Lepanto; tres hechos que modifican radicalmente el rumbo de la historia.

Y si para alguien esto no dijera mucho, la demostración más aplastante de la grandeza de España en el siglo XVI es la gran cantidad de santos y de hombres virtuosos que la Iglesia dio entonces en esta nación, como por ejemplo: Santa Teresa de Avila y San Juan de la Cruz, iniciadores de la reforma en el Carmelo; San Pedro de Alcántara, San Juan de Dios, San Luis Beltrán, Santo Tomás de Villanueva, San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús con una pléyade de santos, entre ellos San Francisco Javier y San Francisco de Borja... y tantísimos misioneros que en estas tierras quisieron sembrar con su vida el Evangelio, y que a pesar de haber quedado oculto su nombre, su obra se muestra como obra de gigantes. A estos hay que agregar otros muchos grandes que con sus obras civiles y militares engrandecieron el nombre cristiano: un Juan de Austria, un Gonzalo de Córdoba, un Antonio de Mendoza, un Hernán Cortés, un Francisco Pizarro y tantos otros preclarísimos varones que no tuvieron otro empeño que extender y defender la santa fe católica. Cómo no recordar en este aspecto a Carlos I y Felipe II, a Lope de Vega y a Tirso de Molina, a Cervantes, a Francisco de Vitoria, a Melchor Cano...

Y como si todo esto fuera poco, *el mismo espíritu se plasmó en lo material*, podemos aún hoy admirar El Escorial de Herrera, las obras del Greco, y de todas las demás artes, *para que así, cuando los hombres callen el nombre de Dios, las mismas*

pedras lo glorifique y transmitan su mensaje con gritos ensordecedores que llegarán a enseñar aun a los que no saben leer.

Pero entre las obras y los hombres mediaron las instituciones que constituían esta madura nación. Estaba la nobleza, que en realidad fue una auténtica aristocracia; estaba el ejército, que era la espada que defendía la Cruz; estaba la Iglesia, que era el verdadero fermento con su doctrina y disciplina. Y, como fruta natural de tan riquísimas fuentes, encontramos a la Santa Inquisición, que velaba por la pureza de la fe; las Universidades en que se investigaba, se defendía y se difundía la Verdad; las Leyes de Indias, monumento de derecho internacional; las instituciones de beneficencia...

Esta era España cuando conquistó América, vertiendo en ella lo mejor que tenía. Esta es la España de la que Menéndez y Peñalayo afirma: «Joya fue la virtud pura y ardiente, puede decirse, de aquella época, como de ninguna, mal que pese a los que buscan para infamarla en los lodazales de la historia».

Tesis 5. *El malestar político, cultural y religioso de España afectó a la nueva nación.*

Así como el ser humano durante el período de desarrollo en el vientre materno, guarda una estrechísima relación con la vida de la madre, a tal grado que si ésta es sana el feto es sano, y si ésta es débil, enferma o sufre accidentes, el nuevo ser se ve afectado, así los pueblos hispanoamericanos... guardaron una estrechísima relación con España, que fue fuerte y sana, y después se debilitó (afrancesamiento moral y espiritual), enfermó (con el virus del liberalismo, el laicismo, la masonería, judería) y sufrió accidentes (invasión napoleónica), resultando seriamente dañados.

La España de los conquistadores es entonces civilizada y civilizadora, ya hemos recordado a qué alturas de civilización había llegado, es civilizadora en cuanto que civiliza, pero la manera de llevar a cabo esta obra es justamente por la evangelización; así, pues, evangeliza civilizando y civiliza evangelizando, y de este

modo imprime un orden perfectamente jerarquizado, donde los derechos de Dios ocupan el primer lugar y, en seguida, los derechos de la monarquía, de la sociedad y de las personas mismas.

Por eso no mandaba a las tierras acabadas de conquistar un gobernador militar a que hiciese más odiosa la dominación, sino a hombres de gran prudencia y virtud, y entre ellos hubo nobilísimos militares gobernadores, para que rigiesen con las leyes lo que había ganado con la espada; a estos gobernadores se les llamó virreyes, porque representaban a la misma persona real, y así escribía Carlos I que «todos los cuerpos y personas debían obedecerle y respetarle, acatando sus órdenes sin excusas ni interpretación y sin consultar a S. M., como si estas órdenes fuesen firmadas de su real mano; en cambio, S. M. promete que cuando el virrey haga en su nombre, poder y facultad, lo tendrá por firme, estable y valedero». Y a estos les mandaba que a estas tierras «las gobernase y proveyese de todas las cosas convenientes al servicio de Dios, aumento de la santa fe católica y a la instrucción y conversión de los indios y, asimismo, todo lo que conviene a la sustentación, población y perpetuidad de dichos reinos».

De esta manera comienza la vida de estos nuevos pueblos que, antes de terminar el siglo XVI, ya tienen una definida fisonomía en las instituciones sociales que son el fruto del orden impreso por las leyes de indias en estas tierras y que se lleva a cabo por medio de tres elementos dinámicos de la adulta España: la *aristocracia*, que ante todo es espiritual; el *ejército*, que es el efectivo auxiliar en la aplicación del orden, y la *Iglesia*, que es, ante todo, misionera.

El virrey, con estos elementos, procuraba no sólo atender a lo externo de la vida de estas tierras, sino, además, que las acciones de los ciudadanos fuesen conforme a la moral católica. Por lo mismo, debía castigar severamente a los blasfemos e irreligiosos y no había de permitir clérigos licenciosos, ni frailes que hubiesen dejado el hábito, a éstos debía mandarlos a España.

En este clima cristiano y de altísima humanidad florecieron muchas instituciones sociales propias de los pueblos de mayor avance, como son las universidades, los grandes hospitales de be-

neficencia, el desarrollo de la agricultura y la ganadería y la proliferación de las artes y oficios.

Estas tierras no fueron nunca consideradas como las colonias inglesas de Norteamérica, trasplantes del viejo mundo; por el contrario, se les decía los nuevos reinos o provincias o se les denominaba virreinos y a todos sus habitantes se les consideraba hijos de Dios, ciudadanos, súbditos del Rey de España.

Por tanto, en estas tierras se da una verdadera asimilación de España, y no una mera imitación. Sus hombres llegan a brillar como los más grandes del mundo: ahí tenemos a nombres como Francisco de Tenazas, Sor Juana Inés de la Cruz, Alonso de Ercilla, Diego Mejía, Juan de Castellanos, Garcilaso el Inca, Valeriano (llamado el nuevo Cicerón).

Pero no sólo hay una asimilación cultural, también la hay étnica, para lo cual sólo queremos citar dos ejemplos.

La discriminación del indio y del mestizo no existe por parte de España, ¿cómo no recordar en este aspecto rasgos como aquel de Martín Cortés, hijo de Hernán Cortés y de la india doña Marina, que fue armado caballero de Santiago por el mismo Carlos I y que estuviera en lugar de honor en el ejército español que luchó en Argel y Alemania!

O como don Diego Luis Ihuatemoztin Moctezuma, hombre de raza pura mexicana, nieto del rey Moctezuma, se casó en España con la española Francisca de la Cueva, y cómo esta familia fue una de las de más noble estirpe en la misma España, y una de sus descendientes fue casada con don José Sarmiento de Vallares, virrey de México.

Mas como hemos dicho, los problemas de España, que después afectan a este Nuevo Mundo, y después de Felipe II, su descendencia se muestra incapaz de gobernar y con una cierta imitación exterior a la pompa de la corte francesa. El espíritu católico es arraigado y se salva este período de debilitamiento con la aristocracia española que cuenta con hombres de gran valer y virtud. Así se llega al último de los Austrias, Carlos II «el hechizado», el cual, ha dicho Sánchez Casado, que «no hizo más que agonizar

en el trono, mientras agonizaba la monarquía», que muere sin descendencia que gobierne y da paso a la casa de Borbón.

«Aún caliente el cadáver de Carlos II, refiere el P. Mariano Cuevas, Luis XIV, alias «el Rey Sol», sin perder su majestad teatral, pero sin perder tampoco un momento de tiempo, en pleno salón de Versalles, se presenta con su nieto Felipe y dice: «Señores, he aquí al rey de España, su nacimiento le ha llamado a esa corona, la nación española lo ha deseado y se lo pidió con anhelo. Yo, prosiguió Luis XIV, se lo permito con placer, acatando los decretos de la Providencia», y luego dijo a Felipe: «Sed un buen español..., pero acordaos que habéis nacido francés».

Con este hecho comenzó para la historia y para la vida de América una nueva era, porque no sólo hubo cambio de dinastía, sino porque el fundamento del gobierno católico se transformó en el de lucro y férrea administración a favor de la nueva Corte española.

Es Felipe V el primer monarca Borbón, el que hace un tratado con los ingleses para que ellos sean los monopolistas en la introducción de negros en la América española.

La primera acción que propicia la política borbona es la destrucción de la armada de la Nueva España que envían a Europa para defender los intereses de Versalles, y para que llevase los ocho primeros millones de pesos para sostener el orgullo y vanidades de la corte. La flota es emboscada y destruida por los ingleses el 22 de septiembre de 1702 y el dinero que llevaba se quedó con los vencedores.

En cuanto a los virreyes, sus dotes para gobernar no se manifestarán ni por el empuje de la conquista, ni por la fundación de grandes instituciones, ni mucho menos por el bienestar de los indios; sino por la cantidad de recursos que los virreyes podían enviar a la Corona española. Es aquí donde empieza la auténtica decadencia por el afrancesamiento absolutista.

Recordemos tan sólo el tipo de los primeros virreyes borbones. En la Nueva España, hoy México, llega don Fernando de Alencastre Noroña y Silva, e inaugura una nueva manera de ves-

tir con sus tacones rojos de dos pulgadas, su corbatín femenino, sus encajes y esas pelucas y zaleas, estilo Luis XIV, se denominaba a sí mismo «melancólico profeta». No sabe ni hablar con propiedad el español y lo único que le preocupa son las rentas para el reino.

En Nueva Castilla, hoy Perú, llega «un personaje simbólico, don Manuel Oms de Santa Paus, marqués de Castell dos Rius, ex embajador de España en Francia, pobre de solemnidad, poeta detestable, afrancesado sin talento, parásito de una rapacidad indecorosa, que llevó, según se dice, como divisa, el consejo que le había dado Luis XIV: emplear toda su energía para enriquecerse» (Carlos Pereyra, *Breve historia de América*, Empresa editora Ziz Zag, Santiago de Chile, 1946, pág. 229).

Como podemos ver, *desde este momento las empresas católicas de evangelización y civilización no tienen más el apoyo del gobierno, y las que se hacen, se realizan desde el pueblo.*

Es en esta época en la que las maniobras de la masonería empiezan a tener mayor magnitud e importancia. En primer lugar se inicia la infiltración ideológica de la Ilustración, la proliferación de las logias masónicas en Francia e Inglaterra, que urden un plan para el dominio del mundo y que tienen como objetivos el ganarse y depravar con sus malsanas ideas y acciones precisamente a la aristocracia, al ejército y a la Iglesia.

España no es difícil que sea penetrada porque se ha creado ya el clima de imitación y admiración por lo extranjero, y se ha cristalizado ahora en afrancesamiento ilustrado, que se manifestará tal cual es después de la Revolución francesa. Antes de esto, era preciso neutralizar los obstáculos y el más fuerte, como es lógico, era, por un lado los jesuitas, que formaban a la aristocracia y a las altas clases sociales del gran imperio español y que tenían una gran influencia en toda Europa y, por otro lado, el ejército y el clero. El primero sólo se podía neutralizar destruyéndolo; los segundos, infiltrándolos.

En Portugal (1759), el marqués Pombal, que en realidad gobernaba el país en nombre del indolente José I, logra la expulsión de los jesuitas; en Francia (1764), es la marquesa de

Pompadour, amante de Luis XV, la que desencadena una política antirreligiosa que culmina con la expulsión de los jesuitas y, en España (1767), Carlos III expulsa a los jesuitas de todos sus reinos.

Esta época tiene tristes manifestaciones en la América española por la manera en que la Corona trata a estos reinos. Ya no es la madre que cuida y ayuda, ahora es el tirano que exprime a su presa para sacarle hasta la última gota de sangre. Los que han nacido en estas tierras, indios, mestizos y criollos, no son tratados de igual manera que los europeos. Algunos oficiales del ejército e intelectuales, si no pertenecen a las logias, por lo menos están infeccionados de ilustración, y en los mismos seminarios enseñan estas exóticas ideas.

En esta caótica situación descubrimos como factores del debilitamiento, en primer lugar, el afrancesamiento de las costumbres y la cultura, la admiración por lo extranjero, la disminución del espíritu católico, el enciclopedismo galopante entre la nobleza y los más letrados, la consideración práctica de que lo religioso es secundario, el formalismo religioso, la proliferación de la secta satánica en España, la infiltración a la Inquisición, la proliferación de la propaganda de la ilustración mediante los comerciantes ingleses y franceses que llegan a las costas de América, etc.

En este clima se dan, naturalmente, los deseos de independencia en ciertas clases y esto por varias razones.

Para unos es la necesidad de sacudirse del yugo explotador de España que, además, ha expulsado a los jesuitas.

Para otros, la exigencia de que los criollos participen en el gobierno.

Para algunos otros, porque las ideas enciclopedistas han puesto como modelo de país a los Estados Unidos.

Y, en fin, porque las sectas masónicas quieren desmembrar a América y a España, pues no la pueden controlar mientras estén las Leyes de Indias.

El pueblo, en cambio, no participa en general de esta inquietud, aunque tiene el natural descontento de la situación a que

está sometido. Ahora bien, habrá un hecho que permitirá que el pueblo participe más de esta idea y es la invasión de España por Napoleón y el reinado de José Bonaparte. Entonces se agrega una razón más: como España está dominada por una potencia extranjera, depender de España es, en realidad, depender de esa otra nación. Luego conviene la independencia, no porque se deteste a España, sino porque no se puede aceptar ese gobierno usurpador. Esta sí es una razón más popular.

Tesis 6. *Nacimiento prematuro de Hispanoamérica, ¿exigencia de salud?*

El niño que ama la vida sale del vientre de su madre. Así como el nacimiento prematuro del niño puede ser resultado de una madre que no puede ya tener al hijo, y el hijo que ya no puede vivir en ese medio, así, *la Independencia de los pueblos hispanoamericanos parece un nacimiento prematuro por los problemas que sufre España.*

La situación en Hispanoamérica causa síntomas de debilidad moral por el afrancesamiento en la cultura y en las costumbres. Además, *desde finales del siglo XVII se ha detenido prácticamente la labor evangelizadora y cultural y son una verdadera excepción los jesuitas que continúan hasta más de la mitad del siglo XVIII con su influencia en zonas notables de Sudamérica y del noreste de la Nueva España.* Así, pues, podemos considerar, que el potente desarrollo que se había manifestado en el primer siglo de la conquista se había detenido y, por tanto, había quedado truncado el deseo de los grandes reyes de España de ver el esplendor y perpetuidad de estos reinos. Nos parece que *desde el punto de vista del tejido social, cultural, religioso y del mismo proceso de mestificación, la gran nación hispanoamericana no había completado su desarrollo, por haberse detenido, y si España fuera la que en otros tiempos, todavía se podía hacer mucho bien a estas tierras.*

Mas los problemas que hemos visto habían provocado la ne-

cesidad de la independencia, y aunque no todas las razones son buenas, es *incuestionable que, por un lado, España ya no podía sostener esta gran obra, por su interna división y debilidad y, por otro, estos jóvenes pueblos tenían la necesidad de seguir viviendo según su peculiar naturaleza y la dependencia de España los afectaba profundamente.*

Así las cosas, hemos visto que una razón más para procurar la independencia fue la regencia de José Bonaparte en España desde 1808.

En 1810, la sublevación y los movimientos de independencia en Hispanoamérica estallan; desde la Nueva España hasta la Tierra del Fuego se ven convulsionados con muy diversos levantamientos que al parecer no tienen otra coincidencia que la cronológica, por lo menos no se ve que haya conocimiento de lo que sucede en un lugar o en otro por parte de los insurgentes, pero vistos los acontecimientos en su conjunto, y conociendo ahora la intervención de ciertos masones en la lucha, nos parece descubrir lo que da unidad a estos movimientos armados y la razón por la que era necesaria esta estrategia.

En efecto, *parece la masonería la única capaz de realizar esta coordinación continental del movimiento, y para esto se ha servido de todos los medios, principalmente de los «hermanos de mandil» y de los agentes que ha fabricado con el liberalismo ilustrado, entre los cuales se encuentran muchos de los que ahora llamaríamos «idiotas útiles» y algunos otros que son meros oportunistas.*

Dos serán las razones fundamentales que ocuparán para aliarse del pueblo: la injusta situación que sufren los habitantes de estas tierras por la ambición y orgullo de la corona borbona y el hecho de la invasión napoleónica a la Madre Patria.

Con estos datos nos parece importante aclarar la situación. ¿Quién realizó la independencia? Pregunta difícil de contestar que parece tener cuatro posibles respuestas, y de las cuales es necesario quedarnos con las verdaderas, con honradez histórica.

Las respuestas pueden ser: la independencia la realizaron los hombres de espíritu hispánico; la independencia la realizaron los

ilustrados y las logias; la independencia la realizaron los de espíritu hispánico ayudados por los revolucionarios, y la independencia la realizaron los revolucionarios ayudados por los de espíritu hispánico.

Por lo intrincado de la solución y por la pobreza de nuestros conocimientos históricos, pedimos a ustedes nos permitan realizar el análisis en nuestra Patria, sin pretender por ello generalizar el proceso de independencia, y sólo con el deseo de sacar experiencia para el futuro de Hispanoamérica.

En efecto, aunque diversas son las razones que inclinan a los habitantes de estas tierras a la independencia, podemos considerar que es don Miguel Hidalgo, cura de Dolores, el que inicia el movimiento, justamente en 1810; al parecer el inicio es forzado por las circunstancias, la respuesta es popular pero no generalizada, sino en un sector del pueblo.

Este movimiento no arrastra a intelectuales, sino a inconformes que se dan a la contienda de modo desordenado y salvaje. De hecho nos parece que se puede hablar de cierta continuidad de este movimiento, pero no tanto por razones doctrinales, sino más que nada, por resentimientos e incorformidades.

En esta primera parte del movimiento se ven alentados por ilustrados y por las logias, y la razón es que a pesar de que España, con el gobierno de Bonaparte, está dominada por ellos, aquí se siguen las leyes de las Indias, que son tan contrarias a su sentir, y mientras éstas se apliquen y el pueblo español esté bajo una legitimación católica, el triunfo es sólo momentáneo y la dependencia de estas tierras a España obstaculiza su dominio.

Pero en 1812 el rey Fernando VII jura la Constitución liberal de Cádiz y en estos reinos como en España se da una fuerte reacción de resistencia. Muchos son, entonces, los hombres de espíritu hispánico que habitan estas tierras que piensan en serio la independencia; por otro lado, *los librepensadores y las logias que les conviene esa situación dejan de presionar para la independencia, y los rebeldes que están luchando con las armas son prácticamente desamparados, y es la época en que sufren las grandes derrotas por causa de los que antes los habían im-*

pulsado, pues en la oficialidad del ejército y en el gobierno ya hay muchos ilustrados y masones.

En 1814 Fernando VII abjura la Constitución de Cádiz, y en la Nueva España se vuelve con las Leyes de Indias. Aquí los hombres de espíritu hispánico parece que se tranquilizan y ahora la actuación es de los revolucionarios que tienen serias dificultades, pues el ejército rebelde prácticamente está deshecho. Es necesario que lleguen hombres de afuera que apoyen a los pocos focos de insurrección que aún existen; es en la época en que llega de Inglaterra el masón español Francisco Javier Mina a organizar la insurrección armada, pero pronto es vencido y, en general, se puede considerar pacífica la Nueva España.

Pero en 1820 vuelve Fernando II a jurar la Constitución de Cádiz y comienza más en serio la aplicación de sus leyes antirreligiosas en España. En la Nueva España se realiza la famosa Junta de la Profesa, que pretende impedir que en México se imponga la Constitución española, y hacer que mientras el rey Fernando VII esté oprimido por la revolución, gobierne el virrey en la Nueva España, con las Leyes de Indias. En este momento ya no les conviene a las logias la independencia, pues prácticamente ya tienen el dominio desde España y no se ve en actuación.

Con este antecedente se decide, finalmente, don Agustín de Iturbide que formula el Plan de Iguala, o de las Tres Garantías, que considera que la independencia de esta tierra no depende de que en España haya una u otra constitución, sino que ya es hora que el país viva con vida propia.

He aquí algunas de sus partes:

«Americanos, bajo cuyo nombre comprendo no sólo a los nacidos en América, sino a los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen, tened la bondad de oírme. Las naciones que se llaman grandes en la extensión del globo, fueron dominadas por otras, y hasta que sus luces no les permitieron fijar su propia opinión, no se emanciparon. Las europeas que llegaron a la mayor ilustración fueron esclavas de la romana, y este imperio, el mayor que conoce la historia, asemejó el padre de familia que,

en su ancianidad, mira separarse de su casa a los hijos y los nietos por estar ya en edad de formar otro y fijarse por sí conservándole todo el respeto, veneración y amor, como a su primitivo origen».

«Trescientos años hace la América septentrional de estar bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánima. La España la educó y engendreció formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos... Aumentadas las poblaciones y las luces, conocidos todos los ramos de la natural opulencia del suelo, su riqueza metálica, las ventajas de su situación topográfica, los daños que origina la distancia del centro de su unidad, y que ya la rama es igual al tronco; la opinión pública y la general de todos los pueblos es la independencia absoluta de España y de toda otra nación...».

Así, pues, el plan de las Tres Garantías: Religión, contra las tendencias irreligiosas de la Revolución española, que era unánimemente reprobada por el pueblo de México; Unión, en favor de los españoles, que era parte integrante de la sociedad mexicana; Independencia, anhelo de todos y exigencia de los tiempos, es aprobado por todos y es por el genio de su creador por lo que se realiza la independencia. Aquí *el apoyo al Plan de Iguala de las logias es meramente circunstancial y temporal* como luego lo demostrarán, pero por lo pronto *al ver que se encuentran en peligro de quedar «fuera de la jugada» se «van a la cargada» y logran colocarse en lugares principalísimos en el nuevo gobierno.*

Por estas razones sostenemos que *la independencia de México fue obra de hombres de espíritu hispánico, y que los revolucionarios se adhirieron como parásitos a esta noble empresa, y aunque su apoyo en el principio está presente en la realización está al acecho.*

Tesis 7: *En las primeras manifestaciones de la independencia se ve claramente la influencia de la revolución.*

Así como el hijo que nace prematuramente puede estar débil y enfermo por el mismo virus que su madre, *así los jóvenes pueblos hispanoamericanos nacían en su vida independiente con debilidad* (moral y espiritual) *y enfermedad* (masonería, liberalismo, etc.).

En la primera mitad del siglo XIX España sufre, como hemos visto, una profunda decadencia, efecto del afrancesamiento que primero fue la mera imitación del lujo y ostentación de Versalles, pero que pronto se transformó en afrancesamiento absolutista y más tarde en afrancesamiento enciclopédico liberal. Sobre todo con esto último Hispanoamérica ve la luz de su independencia.

A estos males es necesario añadir el virus de las sectas secretas que trabajan ocultamente para su destrucción. Parece ser que los hombres de espíritu hispánico que realizaron la independencia no alcanzaron a descubrir, o por lo menos a valorar, la conjura internacional que se preparó desde las tinieblas, y se dejaron deslumbrar por hechos y acciones exteriores; tal vez por esto mismo buscaron el reconocimiento de los enemigos mortales de la España católica. También nos parece que su principio de interpretación política se redujo a considerar amigos a los que procuraban la independencia y enemigos a los que se oponían a ella, cuando en realidad en el subsuelo de estas luchas se movían los intereses sectarios de los enemigos de Dios.

A pesar de esto, como este pueblo educado por la España católica se había desarrollado teniendo a la fe como principal rector de la vida y la cultura, mal terreno hubieron de encontrar las ideas revolucionarias que llegaron tras la defección de España.

Por esta razón, al pueblo sencillo han ofendido siempre tales ideas, de modo que desde principios del siglo XIX encontramos en América una general y espontánea repulsa al liberalismo. Y

no ha sido porque nuestra gente entienda con claridad la maldad y falsedad de estas enseñanzas y maneras de vivir. Ha sido sencillamente que parece más cristiana la sobriedad tradicional que la exuberancia afrancesada, la paz, la obediencia y la sumisión al que gobierna en el nombre de Dios, que la revolución en favor de igualdades, libertades y fraternidades sangrientas.

Sin embargo, llegó la osadía de los enemigos del catolicismo a cristalizarse en las mismas constituciones, donde el pensamiento liberal llega a algunas, a plasmarse abiertamente antirreligioso, como la de México, o con una tolerancia vergonzosa para la Iglesia, como muchas otras. Así se traiciona el ideal más puro de los hombres de espíritu hispánico que realizaron esta emancipación con el ideal de engrendecer a la santa religión católica y a estas tierras, y se copian las legislaciones de Estados Unidos y de Francia, que son modelos revolucionarios.

El liberalismo, constriñendo o engañando a muchos buenos hombres, se hizo jurar en constituciones. Leyes liberales para un pueblo instintivamente antiliberal.

Pero detrás de esto descubrimos a la «Sinagoga de Satanás» que antes había importado la revolución a estas tierras y que ahora convertía estas leyes promulgadas en acción política.

Hemos dicho que *la realización de la independencia no se debió a los masones y librepensadores o, al menos, no principalmente a ellos. Una vez realizada, habiéndola o no deseado, sus personas buscaron a toda costa, con intrigas, calumnias y asesinatos, quedar en los altos puestos de gobierno y del ejército.*

A pesar de esto no tuvieron de ningún modo el dominio total de la situación. Resultaban un insuperable estorbo los grandes patriotas caudillos de la independencia, quienes, aunque no exentos en algunos casos de la contaminación ideológica y hasta algunos errores de los enemigos de su patria, tenían decididamente la intención de servirla, aun a costa de su propias personas.

Se encargaron de ellos, pues, los librepensadores, organizados casi siempre desde las logias. Así, don Simón Bolívar, que había sido engañado por estos falsos colaboradores, muere de

tristeza al descubrir la traición, poco después de abandonar el gobierno de la gran Colombia. Don José de San Martín fue víctima también de esa política oscura; sin llegar al entendimiento pleno con Bolívar, abandona Sudamérica para ir a morir a un país extranjero.

Más trágica aún fue la suerte del mariscal Sucre. Asesinado en los bosques de Berruecos, testifica con su muerte la maldad de la revolución que de Europa liberal nos vino.

En México, si se nos permite volver a referirnos a nuestra patria, don Agustín de Iturbide sufrió análoga traición de alguno de sus colaboradores. Habiéndose consumado la independencia contra la voluntad de las logias de origen europeo y basándose en el mencionado Plan de Iguala, con principios plenamente ortodoxos, resultaba Iturbide un elemento no utilizable ni manejable. Por eso, con una sucia política de los librepensadores, quienes, a decir de los mismos historiadores masones, discutían en las logias lo que votarían en el Congreso, fue presionado hasta que, para evitar la guerra civil abandonó el país. Y, cuando un año después, regresaba para servir a la Patria como un simple soldado, fue hecho prisionero y fusilado al tercer día de su arribo por el falso crimen de traición que el gobierno masón inventó, pues la sola presencia del libertador los hacía temblar y ponía en peligro su usurpación.

Por eso, para todos será explicable la orientación que tomó la política ulterior a la independencia de estos grandes libertadores, que desembocó, en ocasiones, en tristísimos sucesos como los siguientes:

En Guatemala, en 1871, se persiguió a la Iglesia, y en 1879 se votó una Constitución netamente anticatólica que, en 1945 fue reafirmada en estas disposiciones.

En Costa Rica en 1864 y 1883 se llevó a cabo una revolución cultural contra lo cristiano.

En Argentina el poder secular atentó en el siglo pasado muchas veces contra la Iglesia. En tiempos de Sarmiento (1868-1874) y Nicolás Avellaneda (1874-1880) se intensificó la campaña liberal anticatólica; la campaña culminó en la irrupción

al Palacio Arzobispal por las turbas y el incendio del Colegio de los Jesuitas del Salvador. En 1884, se impuso la educación laica.

En Ecuador, en el régimen de Eloy Alfaro y Leónidas Plaza fue perseguida la Iglesia desde 1896 hasta 1916, con promulgación de leyes anticatólicas, separación de Iglesia-Estado, legalización del divorcio.

En Venezuela, Antonio Guzmán Blanco, jefe del Partido liberal y gran maestro de las logias masónicas, presidente de este país prácticamente desde 1870 hasta 1888, confiscó los bienes de la Iglesia y atacó a sus ministros de mil formas.

En Colombia, la Iglesia se vio perseguida durante el gobierno de Tomás Cipriano Mosquera, que dictó leyes de expropiación de los bienes de la Iglesia y supresión de asociaciones religiosas desde 1861 hasta 1867.

En México, donde ha sido constante la separación de la Iglesia y el Estado desde Juárez (1861) hasta nuestros días, la Iglesia y sus ministros no tienen ningún derecho.

En este mismo liberalismo, hacia finales del siglo XIX, se introduce otra corriente revolucionaria que no se opone a él, antes lo hace más firme en muchas de sus pretensiones. Nos referimos al positivismo, que se presenta como otro nuevo afrancesamiento que destruye la esencia de la hispanidad y que se dirige de modo especial a la educación del pueblo y de las clases aristócratas. Es entonces la manera más eficaz de sembrar la antirreligión y el escepticismo, con un pseudoideal de cultura y ciencia que enfría la conciencia de los hombres y que niega el derecho de la sana doctrina aun a los más pobres.

Muchos escritores, aun eclesiásticos y muchos hombres verdaderamente notables, se ven contaminados por estas malsanas ideas y se llegan a olvidar en todas las instituciones educativas los mismos principios de la sabiduría cristiana. Y cuando ésta se defiende se hace de un modo dogmático, y a veces puramente emotivo, logrando dar como efecto la consideración de que en ciencia no valen los principios de la «filosofía clásica cristiana» ni la fe.

LA HISPANIDAD Y SU PROYECCION POLITICO-CULTURAL

Con este panorama, ven la luz del siglo xx los pueblos de Hispanoamérica, que, no obstante lo dicho, se conservan cristianos con el catecismo, que aún se enseña, y por las costumbres de los mayores, transmitidas a estas postreras generaciones.

Tesis 8: *Hispanoamérica, a pesar de las acechanzas de sus enemigos, sigue viviendo.*

Así como el niño enfermo que nace, si se desarrolla frente a diversidad de epidemias, se contagia con ellas y sólo podría vivir por un milagro especialísimo, tal vez pedido por su madre que llora y pide al Todopoderoso por él, así, los pueblos hispanoamericanos crecen en medio de turbulentas revoluciones ideológicas, políticas y sociales del mundo entero, y logran subsistir por una especialísima gracia de la Providencia de Dios, pedida por su Madre amorosísima, la Virgen María.

Desde finales del siglo pasado vuelve toda la cristiandad a orientarse rectamente. Ya no es tan fácil contaminarse con pensamientos de apariencia científica; ya ha vuelto, gracias al gran Pontífice León XIII, a ponerse en actualidad el pensamiento escolástico, sobre todo el del Santo Tomás de Aquino y el Concilio Vaticano I ha afirmado que no es posible que una auténtica verdad se oponga a la fe. Con estos acontecimientos resulta una vigorización del pensamiento cristiano que pronto se pondrá a prueba en la lucha contra el modernismo de principios de siglo y que, unido con el supremo Magisterio, sale vencedor. Asimismo, es el tiempo en que los seglares participen en la misión de la Iglesia con más insistencia.

Coincidiendo con esta vigorización del catolicismo, también el pensamiento hispánico empieza a brillar nuevamente. En España y en América la reforma de los estudios trae como efecto inmediato el reimplantamiento de la misión de estos pueblos, pero es necesario esperar hasta la década de los treinta en que comienza a cosecharse aquel trabajo, y son muchas las plumas y movimientos de los países hispánicos que comienzan a brillar

con purísima intención cristiana de reorientar todo el orden existente hacia Dios.

Pero hay algunos entre éstos que, captando lo profundo del pensamiento cristiano por un lado, y, por otro, captando que es imposible la realización de una obra sin alguien que la haga, *redescubren el potencial de los pueblos hispánicos y con ello la misión común que no es otra sino la llamada Hispanidad. Es la misma década de los treinta en que se multiplican los estudios y los libros precisamente sobre este tema.*

En estas condiciones, el pensamiento cristiano se da perfecta cuenta de la amenaza de la revolución anticristiana, y ningún católico duda en condenar a los enemigos de Dios: al comunismo, a la masonería y a todos los movimientos revolucionarios ocultos o abiertos que conspiran contra lo cristiano.

Así, pues, el vigor del pensamiento y de la acción parecen imparables, el potencial es enorme y es capaz de hacer esperar que este gran continente haga realidad el tan deseado anhelo de la civilización cristiana. Sin embargo, vista la historia, nos damos cuenta que el efecto posterior no corresponde a la causa de que hablamos. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no se ha llegado a donde debía? Es más: Las cosas no sólo no han quedado igual; el continente se encuentra ahora en muchos lugares amenazado seriamente por los comunistas. Por doquier descubrimos bardas pintadas con la hoz y el martillo que en la tradición cristiana se identifican con la muerte y el dolor, y que son vivas huellas del monstruo que devora el continente. ¿Cómo es posible que ahora se tolere y hasta se acepte a los que hace cincuenta años se repudiaba?

Muchas son las cosas que destruyen el catolicismo y por tanto la hispanidad, pero nos parece que una de ellas es que algunos hispanistas, de momento, perdieron el rumbo de la misión y sólo se ocuparon de hacer obras cristianas sin mucha conexión orgánica. Algunos otros evolucionaron hasta tomar posiciones inaceptables, tanto en la llamada izquierda, como de la falsa tradición. Entre éstos, los que más destacaron fueron los

de tendencia izquierdista, y muchos de ellos tomaron auge a través del movimiento Social Democristiano.

Investigando sus fuentes, llegamos a encontrar algo que a primera vista no tenía importancia, y que después se tornó sorprendente. *¡Todos bebieron de las fuentes maritainianas en lo político-social! No dudamos de los méritos que tuvo este brillante intelectual, sobre todo la gran valentía de introducir el pensamiento escolástico en las universidades, mas, reiteramos nuestro juicio, en lo político-social se equivocó.* A Maritain podemos aplicar las célebres palabras de Santo Tomás: «Muchos, aun siendo sabios, se equivocaron».

Pues bien, los hispanistas que se cuidaron de no beber de las fuentes de la revolución tomaron a éste como maestro cristiano con la docilidad con la que el alumno entrega su inteligencia a su profesor, y así cambiaron su ideal de Hispanidad por el ideal de la Nueva Cristiandad.

Pero alguien dirá si el ideal de la Nueva Cristiandad es bueno, tomémoslo e incorporémoslo al de Hispanidad, y esto es imposible porque de hecho este ideal es totalmente contrapuesto al otro.

Ahora bien, las notas que se proponen como fundamento de la Nueva Cristiandad serán lo que sostenga todas las acciones e instituciones y de aquéllas son en realidad erradas todo lo que se contruya arriba, aunque parezca cristiano, no pasará de ser un mero espejismo que engañará a muchos, aun con profundos conocimientos y con buena fe.

Así, pues, *pasemos revista a cuatro de las cinco notas que Jacques Maritain propone para su Nueva Cristiandad en su famosísimo libro «Humanismo integral», del cual hace un elogio en su «Campesino de la Garona».*

I. TENDENCIA A LA UNIDAD POR LOS INTERESES TERRENALES.

Dice Maritain:

«La unidad temporal no sería como la unidad sacra de la cristiandad medieval, una unidad máxima; sería, por el contrario,

mínima, cuyo centro de formación y de organización estaría situado en la vida de la persona y no en el nivel del plano temporal mismo» (*Humanismo integral*, pág. 133).

Pero Su Santidad Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris* afirma: Los principios de la convivencia social (de su unidad) son: Verdad, Justicia, Amor y Libertad. No funda la unidad de la convivencia civil de la persona. Citémoslo:

«Por esto, la convivencia civil sólo puede juzgarse ordenada, fructífera y congruente con la dignidad humana si se funda en la verdad..., debe practicarse según los preceptos de la justicia, exige ser vivificado y completado por el amor mutuo. Y, por último, respetando íntegramente la libertad, ha de ajustarse a una igualdad cada día más humana».

II. AUTONOMÍA DE LO TEMPORAL.

Es una tesis gelatinosa y muchos han querido identificar con la enseñanza del Concilio Vaticano II.

La Nueva Cristiandad, enseña Maritain, «no es que desconozca en modo alguno la primacía de lo espiritual. Lo temporal está subordinado o sometido a lo espiritual, mas no a título de agente instrumental, como ocurría tan frecuentemente en la Edad Media, sino a título de agente principal menos elevado; y el bien común terrestre no será ya tomado como simple medio para la vida eterna, sino como es esencialmente a este respecto, es decir, como fin intermedio o intravalente» (*Humanismo integral*, pág. 135).

Pero Su Santidad Juan XXIII, en la *Mater et magistra*, dice:

«No cabe la menor duda de que, si en una nación cualquiera se desarrollan simultáneamente las ciencias, las técnicas, la economía y la prosperidad de los ciudadanos, se ha prestado con ello una positiva contribución a la civilización y a la cultura humana. Pero cada uno deberá abrigar la convicción de que éstos no son bienes supremos, sino sólo instrumentos (instrumenta) para llegar a la posición de esos bienes supremos» (*Mater et magistra*, núm. 175).

III. EL CONCEPTO DE AUTORIDAD.

Según Maritain, «en el orden político los órganos gubernativos son mirados por el cristiano como teniendo en Dios la fuente de su autoridad, sin revestirse, no obstante, ni aun participativamente, de carácter sagrado; una vez designados, recibe de ellos la autoridad, pero en virtud de un cierto *consensus*, de una libre determinación vital de la multitud de la que son personificación y vicario..., cuando prevalece una concepción puramente profana y "homogénea" de la autoridad temporal, el jefe es sólo un compañero que tiene el derecho de mandar a los demás...» (*Humanismo integral*, pág. 151):

Mas la Iglesia, por su vicario León XIII, en la *Inmortale Dei* nos enseña: «*El poder público en sí mismo considerado no proviene sino de Dios. Sólo Dios es el verdadero y supremo Señor de las cosas. Todo lo existente ha de someterse y obedecer necesariamente a Dios. Hasta tal punto, que todos los que tienen el derecho de mandar, de ningún otro recibieron este derecho sino es de Dios, Príncipe Supremo de todos*».

IV. LA OBRA COMÚN ES UNA COMUNIDAD FRATERNA POR REALIZAR.

Sostiene Maritain:

«Para tal civilización el principio dinámico es la vida común y la obra común no sería el ideal medieval de un imperio de Dios aquí abajo...».

«Sería la idea de la dignidad de la persona humana y de su vocación espiritual y del amor fraternal que se le debe» (*Humanismo integral*, pág. 153).

Y Su Santidad Pío XI, en la encíclica *Quas primas*, enseña:

«Y hemos dicho, además, dos claras afirmaciones: *el mundo ha sufrido y sufre este diluvio de males porque la inmensa mayoría de la humanidad ha rechazado a Jesucristo y su Santísima*

Ley en la vida privada, en la vida de familia y en la vida pública del Estado, y es imposible toda esperanza segura de una paz internacional verdadera mientras los individuos y los Estados nieguen obstinadamente el Reinado de Nuestro Salvador. Por esto, advertimos que la paz de Cristo hay que buscarla en el Reino de Cristo, y prometimos además consagrar a esta labor todas nuestras fuerzas. Hemos dicho en el Reino de Jesucristo, porque estábamos y estamos convencidos que el medio más eficaz para el restablecimiento y la consolidación de la paz es la resurrección del Reinado de Jesucristo» (Quas primas, núm. 1).

Sería interesante llegar a saber a qué se debió la difusión extraordinaria del pensamiento mariteniano en el orden político-social en las décadas subsiguientes, comparativamente a la escasa propagación de las obras sobre Hispanidad de los grandes maestros. Sería interesante saber por qué en los Seminarios que prepararon a nuestros sacerdotes no se conocía *Defensa de la Hispanidad* y circulaba, en cambio, el *Humanismo integral*.

El pensamiento mariteniano resulta para la hispanidad latinoamericana una nueva manera de afrancesamiento, es decir, un modo de destruir nuestra identidad.

Y a pesar de tantos males que hemos sufrido, la mestiza hija de España, Hispanoamérica, aún vive. Vive porque en estas tierras se cree en Jesucristo y se reza en español; vive porque en el corazón de sus gentes se anida el amor a todos los hombres que son hijos de María. Vive porque aún resuenan las palabras del Tepeyac: «... es nada lo que te aflige, no se turbe tu corazón, no temas... ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo?» (Nican Mopohua).

CONCLUSIÓN.

Decíamos al principio de la exposición que en el presente se encuentra una proyección virtual de pasado, y que recordar nuestra gloriosa historia es redescubrir esta proyección que ha toma-

do existencia en la actualidad. Decíamos, también, que la proyección en el futuro se hace desde el presente y, por tanto, desde nuestro pasado histórico.

Nos parece haber cumplido este propósito y ahora queremos cosechar en lo concreto. Muchas son las recomendaciones que la historia da a esta nación, como un padre amoroso se las da a su hijo cuando entra en la madurez, y esto no porque las ignore o porque no las haya practicado, sino para que no las olvide.

Podríamos hacer una lista inmensa con las enseñanzas como ésta: *los hombres de los pueblos hispánicos se han debilitado por la admiración e imitación de lo extranjero*, porque no se han cuidado de que esto sea cristiano, pues sólo se han fascinado por ser extranjero. Así ha sido el afrancesamiento revolucionario y ahora la imitación y la sustitución de lo propio por lo norteamericano o por lo soviético. Por tanto, hagamos brillar nuestros valores para vivir intensamente nuestro ser hispanoamericano.

Pero queremos, por la brevedad del tiempo, sintetizar en cuatro conclusiones, que a nuestro parecer engloban el núcleo esencial de las enseñanzas de la historia:

1.º *El espíritu hispánico es espíritu de fidelidad y amor a la Santa Iglesia Católica*; jamás se ha entendido al Pontificado separado de la persona del Papa, dice García Morente, porque nuestro amor y nuestra fidelidad es a algo real, a algo concreto, no a meras entelequias. Y como fruto inmediato surge la intención renovada, constantemente, de derramar la sangre por la Iglesia y por su Vicario, como lo hicieron en nuestra Patria Juan Bosco Rosillo y César Fernando Calvillo, jóvenes de 21 y 22 años, respectivamente, el día 22 de noviembre de 1975, cincuentenario de la Proclamación Universal de Cristo como Rey, al grito de: ¡Viva el Papa Paulo VI!, participando del mismo espíritu que animaba a Carlos I cuando en artículo de muerte escribía entre los consejos para que Felipe II gobernara cristianamente: «Obedecer y respetar siempre a la Santa Sede Apostólica y al Papa. Tratarlo, no con arreglo a sus actos, sino con el respeto debido a su dignidad» (William Thomas Walsh, *Felipe II*, Espasa-Calpe, págs. 114-115).

2.^a *El espíritu hispánico es espíritu de lucha contra el mal y contra el error que se encarna en personas, instituciones y aun en las mismas naciones. Así lo atestiguan siete siglos de lucha contra el Islam, así lo atestigua el Concilio de Trento y la Epopeya de Lepanto, así lo atestiguan la lucha contra la idolatría y la superstición en estas tierras, así lo atestiguan tres siglos contra el liberalismo, cien años contra el comunismo, veinte años contra el progresismo y otros tantos contra el seudotradicionalismo. Esta fidelidad se ha firmado con la sangre de muchos de sus preclaros hijos, entre los que quiero mencionar a los Cristeros de mi patria.*

3.^a *El espíritu hispánico entiende que las obras de Dios sólo se realizan con la vida austera y de virtud. Entiende, además, que la autoridad de los gobernantes viene de Dios. Por eso, aunque comprende plenamente su situación de hijo de Dios y, por tanto, que ningún hombre es superior a El, se somete sólo porque ve en el gobernante y sus decisiones al mismo Cristo. Y por eso mismo exige del que manda santidad. Los pueblos hispánicos añoramos la presencia de gobernantes de la talla del rey David, de San Luis, rey de Francia, de San Fernando de Castilla, de Santa Isabel de Hungría, de San Enrique, rey de Alemania, de Santa Edwiges, reina de Polonia, de Carlo Magno, de Isabel la Católica, de Felipe II o de Gabriel García Moreno, que vivieron la actividad política no como una vocación y a ella adecuaron su existencia.*

4.^a *Los hombres de espíritu hispánico sabemos que es imposible edificar la Ciudad sin la Iglesia y reconocemos y amamos la dignidad del sacerdote, al que también exigimos la santidad. La conquista espiritual de América española la realizaron religiosos y sacerdotes santos y, como es proporcional el efecto a su causa, la misión de Hispanoamérica no se podrá realizar sin la santidad de los sacerdotes y religiosos.*

LA HISPANIDAD Y SU PROYECCION POLITICO-CULTURAL

RESUMIENDO:

Para que cumpla el Continente de la Esperanza su misión se requiere fidelidad al espíritu hispánico y para ser fieles al espíritu hispánico se necesita: la defensa del Pontificado, el combate a la herejía, la santidad de los políticos y la santidad de los sacerdotes y religiosos.

Queremos finalizar esta exposición con el mismo grito con el que terminaron su vida terrena los cristeros de mi Patria:

¡VIVA CRISTO REY!

¡VIVA SANTA MARIA DE GUADALUPE, EMPERATRIZ
DE HISPANOAMERICA!